

Claudio Rosales J.

## Un problema de métrica en «Don Gil de las calzas verdes»



LOS austeros preceptistas del arte de versificar, Tirso de Molina les ha presentado un arduo problema en la escena VIII, acto I de «Don Gil de las calzas verdes».

En ella se cantan unos versos que se rebelan contra los principios fundamentales en que, según viejos cánones, descansa la versificación castellana. He aquí esos versos:

Al molino del amor  
alegre la niña va  
a moler sus esperanzas.

Quiera Dios que vuelva en paz.

5 En la rueda de los celos,  
el amor muele su pan,  
que desmenuzan la harina  
y la sacan candeal.

Río son sus pensamientos,

10 que unos vienen y otros van,  
y apenas llegó a su orilla,  
cuando así escuchó cantar:

«Borbollicos hacen las aguas,  
cuando ven a mi bien pasar;  
15 cantan, brincan, bullen y corren  
entre conchas de coral.  
Y los pájaros dejan sus nidos,  
y en las ramas del arrayán,  
vuelan, cruzan, saltan y pican  
20 toronjil, murta y azahar».

Las bueyes de las sospechas  
el río agotando van,  
que donde ellas se confirman,  
pocas esperanzas hay.  
25 Y viendo que a falta de agua,  
parado el molino está,  
de esta suerte le pregunta  
la niña que empieza a amar:  
—Molinico, ¿por qué no mueles?  
30 —Porque me beben el agua los bueyes

Vió al amor lleno de harina  
moliendo la libertad  
de las almas que atormenta,  
y así le cantó al llegar:



35 —«Molinero sois, amor,  
y sois moledor.

—Si lo soy, apartesé  
que la enharinaré.

El menos experto en materias de versificación advierte que estos versos no son isosilábicos. Los doce primeros, en efecto, son octosílabos, y también lo son el 16.º, el 21.º y los siguientes con excepción del 29.º, el 30.º y el 36.º.

El primero que advirtió esta aparente anomalía, fué Andrés Bello, y para explicarla destinó el «apéndice» VII de sus «Principios de la Ortología y Métrica», pág. 222. Debió impresionarle porque iba claramente contra su teoría de la versificación castellana que se basa en la distribución isocrónica de la sílaba acentuada.

«Al leer por primera vez, estos versos—dice en el lugar citado—no podía yo darme cuenta del placer que por su modulación acentual producían en mí. Parecíame continuado en casi todos ellos un mismo ritmo, aunque variado con exquisita suavidad y con cierta armonía imitativa».

Y luego intenta convencernos de que los efectos rítmicos de ellos se deben a que el poeta permutó entre sí el dáctilo y el troqueo, el anapesto y el yambo. En ello «como un vestigio de la compensación de una larga por dos breves, tan usual en las lenguas latina y griega».

Para aclarar más su pensamiento y mostrar las equi-

valencias de esas cláusulas rítmicas, presentó en esta forma los versos en que creyó descubrirlas:

Borbo	llicos	hacen las	aguas
cuando	ven a mi	bien pa-	sar
cantan	brincan	bullen y	corren
entre	conchas	de co-	ral
y los	pájaros	dejan sus	nidos
y en las	ramas del	arra-	yán
vuelan	cruzan	saltan y	pican
toronjil	murta	y aza-	har.

Moli	nico, ¿por	qué no	mueles?
porque me	beben el	agua los	bueyes

Moli	nero	sois a-	mor
Si lo	soy a	parte-	sé.

Y sois	moledor		
que la en	hari-	naré	

Para él eran de la misma duración las series silábicas que hemos colocado en la misma columna. Esto es cierto sin duda sólo en lo que se refiere a la última, esto es, a la cuarta.

Eduardo de la Barra paró mientes en este salto atrás de Andrés Bello, y protestó de estas equivalencias de troqueos con dáctilos y anapestos.

A su vez propuso otra explicación que tampoco es aceptable. Comenzó por declarar que los eneasílabos,



los decasílabos y los endecasílabos de este cantar eran de ritmo ignorado, y que había motivo para pensar que eran versos compuestos, versos que—según él—no conoció el maestro Bello. El secreto se desvanece al decir de de la Barra, si los versos se presentan separando sus elementos componentes en esta forma:

Metro		Acentos	Ritmos
4 sílabas	Borbollicos	1-3	troqueo
5 »	hacen las aguas	1-4	dáctilo
4 »	cuando ven a	1-3	troqueo
5 »	mi bien pasar;	2-4	yambo
4 »	cantan, brincan,	1-3	troqueo
5 »	bullen y corren	1-4	dáctilo
4 »	entre con-	1-3	troqueo
5 »	chas de coral	1-4	dáctilo
4 »	Y los pájaros	-3	troqueo
5 »	dejan sus nidos	1-4	dáctilo
4 »	y en las ramas	-3	troqueo
5 »	del arrayán	1-4	dáctilo
4 »	vuelan, cruzan,	1-3	troqueo
5 »	saltan y pican	1-4	dáctilo
4 »	toronjil	-3	troqueo
5 »	murta y azahar	1-4	dáctilo
4 »	Molinico	-3	troqueo
5 »	¿por qué no mueles?	2-4	yambo
5 »	Porque me beben	1-4	dáctilo
6 »	el agua los bueyes.	2-5	dáctilo.

De este modo creyó de la Barra explicar el fenómeno rítmico que a Bello le había producido tan grato deleite.

Había mostrado que la alternancia de troqueos y dáctilos era lo que producía esa especie de armonía imitativa de que hablaba el maestro caraqueño; pero para ello le fué necesario fragmentar lo infraccionable, no diferenciar la pausa de la cesura, ni reparar en otros deslices que le restan toda su importancia a la explicación que propone.

Fragmentó, en efecto, el octosílabo

entre conchas de coral

para obtener nueve sílabas, y para sumar un troqueo con un yambo hizo operación semejante con

cuando ven a | mi bien pasar,

sin fijarse que de ese modo el tetrasílabo se alarga en una sílaba.

El problema que presentan estos versos de «Don Gil de las calzas verdes» quedó intacto después de las explicaciones de Eduardo de la Barra (*Estudios sobre la Versificación Castellana*, 1889, pág. 47) y no sé si con posterioridad a esa fecha presentara otra de mayor fuerza persuasiva.

De la misma materia se ocuparon más tarde Felipe Robles Dégano (*Ortología clásica de la Lengua Castellana*, 1905 pág. 95), Pedro Henríquez Ureña, (*La*



Versificación irregular, pág. 207 y siguientes) y Julio Saavedra Molina (El octosílabo castellano, 1945, pág. 102); pero ninguno de ellos aporta nueva luz sobre ella.

El señor Saavedra se inclina en favor de la explicación de Bello y cita autores modernos en que se observan fenómenos métricos análogos a los que analizó este sabio maestro.

Eduardo de la Barra en sus últimos años estudió la versificación castellana desde el punto de vista de su estructura clausular de los versos, y llegó a la conclusión de que lo más frecuente en nuestra lengua era la combinación en un mismo verso de cláusulas de diferentes especies.

Lo que me parece a mí inexplicable es que Bello y de la Barra se hayan desconcertado frente a los eneasílabos y decasílabos que estamos analizando.

No son versos de ritmo desconocido, ni

Borbullicos hacen las aguas  
 cuando ven a mi bien pasar  
 cantan, brincan, bullen y corren  
 toronjil, murta y azahar  
 Molinico, ¿por qué no mueles?  
 y en las ramas del arrayán,

ni

Y los pájaros dejan sus nidos,

ni

Porque me beben el agua los bueyes.

Los siete primeros son eneasilabos; el segundo es deca-sílabo anapéstico, y el tercero, endecasílabo dactílico. En la «Canción de otoño en primavera» de Darío, hay eneasilabos idénticos a los citados:

Borbollicos hacen las aguas, y  
Juventud, divino tesoro,

tienen acentuadas las sílabas tercera, quinta y octava:

Cuando ven a mi bien pasar, y  
Mientras eran abrazo y beso

las sílabas primera, tercera, sexta y octava.

Toronjil, murta y azahar y  
Ya te vas para no volver

las sílabas tercera, cuarta y octava;

Molinico ¿por qué no mueles? y  
En un peplo de gasa pura

las sílabas tercera, sexta y octava.

Y en las ramas del arrayán y  
Con sus dientes el corazón

las sílabas tercera y octava.



Del verso

Cantan, brincan, bullen y corren,  
hay uno análogo en la «Oda a Mitre» de Darío:

Como un jefe amado y amante.

con acentos en las sílabas primera, tercera, quinta y octava.

En cuanto a

Y los pájaros dejan sus nidos  
Porque me beben el agua los bueyes

no hay nada que decir porque el primero es decasílabo anapéstico, y el último, endecasílabo dactílico, de factura impecable.

El problema queda, pues, reducido al octosílabo

Entre conchas de coral.

Para hacerlo eneasílabo, de la Barra lo somete al lecho de Procusto, y lo escinde después de la tercera sílaba, alegando que allí hay una cesura que por necesidad del ritmo hay que convertirla en pausa para que el verso conste. Tratándose de poesías destinadas al canto, es posible que el poeta acomode la expresión verbal a la cadencia musical, sacrificando a ella el ritmo de los versos. Como no se conoce la música de los cantares que Tirso de Molina introdujo en «Don Gil

de las calzas verdes», toda hipótesis para explicar el octosílabo

entre conchas de coral

y el exasílabo

y sois moledor

nos parecen aventuradas.

Respecto de los últimos versos

Molinero sois, amor,

y sois moledor.

Si lo soy, apartesé

que la enharinaré

cabe decir que

y sois moledor

lo mismo que

que la enharinaré

son heptasílabos. Para convencerse de esto, debe recordarse que ellos eran ya muy viejos en tiempos de Tirso de Molina, y que él no hizo otra cosa que recogerlos de boca del pueblo. Siendo así, no es desatinado pensar que entonces no se había producido aún la consolidación del diptongo -oi- de sois, palabra que en el siglo XIII se pronunciaba s o d e s .